

bro, sacudirás el yugo del padre de la patria americana, al tiempo que la generación de García Márquez conseguirá —hasta donde uno lo pueda creer— distanciarse saludablemente del fenómeno dariano” (p. 435). Si en el anterior estudio el tópico de la rosa en los cuentos de García Márquez nos remite directamente, sin dudas ni murmuraciones, a Rubén Darío (¿por qué no a Martín Adán o, incluso, a Juan Gonzalo Rose, nacido *el mismo año* que G.M., y que publicara su primer libro el año que apareció *La hojarasca?*), ahora los conceptos *mano, padre y madre*, en *El otoño del patriarca*, se vinculan por unívoco cordón umbilical a Rubén Darío (pp. 437-40). Por momentos el lector no está seguro si no se le estará tomando el pelo: así el nombre de doña Bendición Alvarado, madre del Patriarca-Darío, cobra sorpresivamente un significado específico muy concreto: “Podráse también observar la coincidencia del apellido Alvarado con el de una tía de Darío, Rita Darío de Alvarado, cf. *Autobiografía*” (p. 452). Al final del trabajo, la “cacería de símbolos” arroja abundantes e insólitos resultados.

Para concluir: el volumen de las *Actas del Simposio Internacional de Estudios Hispánicos* —realizado con una altísima calidad gráfica que, sin embargo, no puede sorprender a quien conozca el nivel de la mayoría de las editoriales húngaras, entre ellas la de la Academia de Ciencias de Hungría— se incorpora a la no muy numerosa lista de los manuales verdaderamente imprescindibles para el estudio de las literaturas hispano-americanas: el profesor Mátyás Horányi, que estuvo a cargo de la edición, debe sentirse plenamente retribuido de las múltiples y agotadoras labores que la organización del Simposio y la publicación de las Actas del mismo le han ocasionado.

Tomas G. Escajadillo

Tord, Luis Enrique: *EL INDIO EN LOS ENSAYISTAS PERUANOS 1848-1948*, Lima, Editoriales Unidas, 1978; 247 pp.

El año 1976 Luis Enrique Tord presentó en la Universidad de San Marcos la tesis de

doctorado en Antropología *El concepto del indio en los estudios sociales peruanos (1848-1948)* (Lima, 1976). Ahora aparece ligeramente reelaborada, con un Prefacio de Emilio Romero, un capítulo (en realidad debería figurar como anexo) con entrevistas a Luis E. Valcárcel, Luis Alberto Sánchez, Emilio Romero, Jorge Basadre, Jorge Cornejo Bouroncle, Emilio Vásquez y Alfredo Yépez Miranda; y reproducciones y fotografías, estas últimas sobre todo de Abraham Guillén.

El libro constituye un intento valioso, pero fallido, por presentar los ensayos sobre el indio producidos a lo largo de los cien años que van de 1848 a 1948 y por evaluarlos. Nos parece valioso en tanto proporciona un primer panorama bastante amplio sobre el tema, y el autor se ha tomado el trabajo de hurgar la literatura sobre el problema indígena que es hoy, a veces, casi inasequible. Se trata además de un libro bien escrito, cuyo valor resulta acrecentado por las entrevistas y las excelentes fotografías. Son por ejemplo declaraciones muy características y significativas para su manera de pensar y evolución, las que formulan Luis Alberto Sánchez y Jorge Basadre. Según Sánchez el problema del indio es en realidad inexistente (p. 183); en verdad es un problema del blanco (p. 184). Lo que hay es un romanticismo indigenista, que ha llevado a que este problema sea tratado literariamente (p. 177). En cambio, en opinión de Basadre el acontecimiento fundamental de la vida intelectual peruana en el siglo XX es el crecimiento de la imagen del indio; Mariátegui tenía razón en tanto definía el problema del indio como económico y social; y González Prada vislumbraba el problema en un contexto casi mundial, adelantándose así a los problemas del Tercer Mundo y del subdesarrollo (pp. 194-195).

Los vacíos bibliográficos son notorios para cualquier persona versada en el tema. Así, Tord no menciona ningún artículo de uno de los fundadores de la Asociación Pro-Indígena, el filósofo Pedro S. Zulen, pese a que ya Basadre ha subrayado el valor de algunos de estos ensayos, como “Destruya-

mos el latifundio” y “Revolución, sí, revolución” (Cf. J. Basadre, “Zulen”, en: *Equívocas*. Lima, 1928; pp. 7-13). O de una figura tan importante como Abelardo Solís tan sólo se comenta el artículo “Contra algunos ismos” (1929) (Tord, *El Indio*, pp. 113-114) y no su fundamental libro *Ante el problema indígena peruano* (Lima, 1928), cuya importancia ya fuera señalada por J.C. Mariátegui en una reseña de 1928 (Cf. *Peruanicemos el Perú*, Lima, Amauta, 1970; pp. 136-140). Por lo demás, el libro de Solís no sólo es asequible en las Bibliotecas, sino que el año pasado ha sido reproducido facsimilarmente con una breve presentación de José Varallanos.

Pero el propio tratamiento del tema deja mucho que desear. Es bastante conocido que los dos miembros más conspicuos de la Escuela Cusqueña, Luis E. Valcárcel y Uriel García, tenían una concepción diferente del indio (Cf. por ej. la exposición de las tesis de ambos en: L.A. Sánchez: *La literatura peruana*, Lima, 4<sup>a</sup> 1975; t. IV, pp. 1332 y ss.). La diferencia estriba en que para el primer Valcárcel, el de la *Tempestad en los Andes* (1927), el indio genuino es el que preserva las virtudes de su raza y predica el andinismo: “el amor a la tierra, al sol, al río, a la montaña”: el mestizaje sólo habría producido deformaciones. En cambio, según Uriel García en su gran libro *El Nuevo Indio* (1930, 2<sup>a</sup> 1937), indio no es sólo el hombre de color bronceado, de ojos rasgados, de pelo lacio y grueso, sino todo aquel que se acrecienta interiormente al contacto con los incentivos que le ofrece la naturaleza americana, y quien siente que su alma está enraizada a la tierra. El nuevo indio es el gran hombre representativo del espíritu americano: el mestizo, pero no entendido como el fruto de la unión del español y la india, sino como un estado o modalidad peculiar del espíritu que se manifiesta en la vida cotidiana. No obstante, examínese las páginas consagradas por Tord a Valcárcel (pp. 107 y ss.) y a Uriel García (p. 86 y ss.) y no se encontrará en ellas ninguna indicación sobre esta oposición esencial. En cambio, Tord parangona a García y a Riva Agüero, precisamen-

te al Riva Agüero de *Paisajes peruanos*, y afirma que se complementan (p. 87). Esta apreciación no puede sino llamar la atención, si se tiene en cuenta que, como ya lo ha observado el mismo Basadre, si en aquel libro del gran conservador hay muchas frases impresionistas y elocuentes sobre el indio (Cf. “Nota acerca de una nota”, en: *Apuntes*, Lima, n. 4, 1975, p. 142), está ausente allí “la imagen de la opresión social, de la situación del indio” (J. Basadre/P. Macera: *Conversaciones*, Lima, 1974, p. 88). Por lo demás, la exposición de Tord sobre la concepción de Uriel García sobre el indio no permite formarse una idea precisa sobre lo esencial de su planteamiento.

También la parte valorativa es insatisfactoria. Según Tord: “la polémica entre Mariátegui y Luis Alberto Sánchez comprendió en buena cuenta los aspectos sustanciales de lo que se discutía [en la polémica del indigenismo]. Entendemos que el hombre de doctrina que el mismo Mariátegui afirmaba ser, reveló limitaciones ideológicas ante las interrogaciones de Sánchez. Las ausencias de Mariátegui eran las de la corriente de pensadores que colaboraron en *Amauta* en este tema. Desde ese año, 1927, debió disminuir la publicación de ensayos que repetían los tópicos ya tratados y aumentar la preocupación por las investigaciones directas de campo. Pero no fue así” (p. 207). Además, Tord encuentra que “de la intervención de Mariátegui no cogimos más que lo que repite en otros textos: que el indio es un siervo. Ello tiene reminiscencias seguramente de lecturas rusas y del estado de los campesinos de esa nación hasta (...) 1917. Ello nos sirve muy poco para entender la realidad del campesinado peruano y sólo nos permite situar el pensamiento de Mariátegui en una vertiente europeísta” (p. 94). ¿Qué limitaciones ideológicas reveló Mariátegui?, ¿que era marxista y que su punto de vista era el de un crítico no imparcial, sino el de un hombre que aspiraba a concurrir a la creación del socialismo peruano?, ¿fueron las interrogaciones de L.A. Sánchez, para quien como hemos mencionado el problema indígena en realidad no existe, sino que son fruto de una preocupación literaria,

las que pusieron de manifiesto las ausencias de Mariátegui, para quien el problema indígena es fundamentalmente social y económico? ¿Disminuyó la publicación de ensayos sobre el problema indígena después de 1927 por parte de Mariátegui y de su grupo?, ¿no aparecieron los 7 ensayos, en los que figuran los fundamentales trabajos “El problema del indio” y “El problema de la tierra” en noviembre de 1928, y la reseña del libro de Solís en diciembre del mismo año, siendo reproducido en *Amauta* en enero de 1929? ¿No resulta alejado de la realidad manifestar que a partir de 1927 debían de haber aumentado las investigaciones directas de campo sobre el problema indígena en el Perú? ¿Tienen reminiscencias o no los textos de Mariátegui de lecturas rusas? ; y si el autor no está seguro de ello, ¿cómo puede afirmar que este hecho permite situar el pensamiento de Mariátegui en una vertiente europeísta?

Al final de sus Conclusiones Tord sostiene intempestivamente que “lo que diferencia básicamente al indio tanto del mestizo como de otros estratos de la sociedad ‘occidental’, es su arraigamiento a modos tradicionales de comportamiento sustentados fundamentalmente en una concepción mágico-religiosa del universo, de tal forma que el espacio y el tiempo en que habitan están impregnados de sacralidad” (pp. 211-212). Qué sea lo que autorice al autor a estas afirmaciones, tan sugerentes como incomprobadas, es algo que Tord no revela. No se desprenden del recuento anterior ni están fundamentadas en ninguna parte, violentando la estructura de la tesis. En realidad, pensamos que se trata de un problema de estilo: lo que Tord ha querido es sin duda establecer un programa de trabajo, que de ser cumplido superará todos los ensayos que él reseña en este libro. Pero por el momento son sólo afirmaciones vacías, esperando la prueba que las ampare y verifique.

Llama la atención que algunas de las atingencias anteriores, que son controlables, no hayan sido formuladas al doctorando en su debida oportunidad por su asesor de tesis o por el jurado que la calificó de sobresaliente. También sorprenden un poco los elogios

inmoderados de don Luis E. Valcárcel y de Emilio Romero. Y, finalmente, que se haya galardonado al mismo tiempo este libro e *Historia Social del Cuzco Republicano* de José Tamayo Herrera (que nos parece obviamente mejor) —además de otras obras más. ¿Existe en el Perú una sobreabundancia de premios de historia?, ¿no se los devalúa al otorgárselos con tanta largueza?, ¿no se nivela así las obras que los reciben?, ¿vivimos acaso un feliz momento económico y un verdadero *boom* historiográfico?

La función de un crítico es, hay que recordar este truismo en el Perú, criticar: para no engañarse a sí mismo, orientar a los lectores —en caso de ser esto posible— y, finalmente, por mor del propio autor criticado. Luis Enrique Tord es talentoso y joven, y por eso de él cabe esperar que pueda en el futuro corregir los defectos que este libro transparenta.

David Sobrevilla

Ruffinelli, Jorge: *El otro México (México a través de la obra de B. Traven, D.H. Lawrence y Malcom Lowry)*, México, Nueva Imagen, 1978.

Afincado en México durante los últimos años, como director del Centro de Investigaciones Lingüísticas y Literarias de la Universidad de Veracruz, Jorge Ruffinelli (Montevideo, 1943) viene ofreciendo distintas aproximaciones a la literatura de ese país: en este orden de cosas destacan, a más de sus artículos y reportajes relativos a los escritores mexicanos más jóvenes, dos libros importantes: *José Revueltas: ficción, política y verdad* (1977) y *El otro México*. Aunque de intención y contenido muy distintos, ambos libros obedecen a una misma manera de entender y practicar el discurso crítico: a grandes rasgos, como esclarecimiento de las categorías ideológicas que subyacen en el sistema simbólico de los textos y lo remiten —mediante una compleja red de intermediaciones— a la realidad. Es visible en la crítica de Ruffinelli, de otra parte, una decisión de aligerar el lenguaje y de controlar todo desborde erudito sin perder por ello rigor y coherencia. Un buen ejemplo, por cierto.